

09/17/2017

LA FE QUE AGRADA A DIOS Hebreos 11: 1-6

Hoy vamos a hablar de un tema que es fundamental en la vida del creyente: la fe. Digo que es fundamental porque cualquiera puede decir que tiene fe en algo o en alguien; pero la fe que agrada a Dios es la fe que está puesta en Él. Es fundamental porque la fe es para el creyente lo que el cimiento para una casa: es la base segura sobre la que se construye. Solamente la fe que está puesta en Él es la que salva (*Ef. 2:8-9*) y la que es la que es capaz de producir milagros en nuestras vidas (*Mc. 9:23*).

Siendo un tema tan importante en la vida del creyente, entonces se hace necesario definir qué es fe. Podemos encontrar muchas definiciones en los diferentes diccionarios, pero sin duda la mejor respuesta es la que nos puede dar el Autor y consumidor de la fe.

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”
(v.1).

Fe, mucho más que creer que Dios puede hacer algo, es creer que Dios lo hará, porque la palabra *certeza* significa seguridad, *confianza* en algo que se espera que Dios haga. La palabra griega para certeza también se empleaba en el sentido de *“título de propiedad”*. Esto significa que se está totalmente convencido de que Dios lo va a hacer; este es el sentido de la palabra *convicción*. En otras palabras, es estar seguro y convencido que tenemos el título de propiedad aunque todavía no lo veamos. Podemos afirmar que ya es nuestro aunque todavía no lo tenemos en nuestras manos. Fe es estar totalmente convencido de que no importa lo frío del invierno, detrás de él viene la primavera. Un proverbio armenio dice: *“Cuando la fe va de compras, siempre lleva un canasto con ella”*.

Ahora bien, si se tiene esa completa seguridad y ese total convencimiento, significa entonces que, no importa lo que ahora se vea, que no importa lo oscuro de la situación, que no importa que las cosas parecen cada vez peor, seguimos creyendo que Dios lo hará y seguimos esperando en Él. La fe siempre apunta hacia el futuro con la esperanza (esperar convencido) de que vendrán cosas mejores, que vendrán tiempos mejores y nos hace vivir como si ya lo estuviéramos viviendo. Cuando el mundo nos enseña que *ver es necesario para creer*, el Señor nos enseña

que *creer es necesario para ver*. La pregunta sería, ¿cuál de las dos propuestas vamos a seguir?

En teología se dice que la fe tiene tres elementos. Estos elementos se refieren a la salvación, pero también son aplicables a la vida diaria cuando se ha sido salvo, porque el creyente camina todos los días *por fe y en fe*. Estos tres elementos son:

1) Reconocimiento. Tiene que ver con el conocimiento intelectual, es decir, el conocimiento en la mente, de que Dios está allí, escuchando nuestros ruegos (v.6). Es el saber.

2) Confianza. Es la total dependencia de la misericordia y la gracia de Dios. Es decir, no sólo lo sé, sino que también lo creo.

3) Compromiso. Es la respuesta a lo que sé y creo. Esa respuesta es la entrega total de uno mismo al Señor Jesucristo sirviéndole en agradecimiento por lo que va a hacer, alabándole por su misericordia y su amor. La entrega total de uno mismo al Señor hará que la fe crezca y se fortalezca cada día más. La fe es como un músculo que necesita ejercicio y buena alimentación para desarrollarse sano y fuerte. La alimentación es a través de la Santa Palabra de Dios.

Si alguno de estos tres elementos falta, entonces no es fe. Puede llamarlo religiosidad, superstición, simple deseo o anhelo, o como usted quiera, pero no es fe.

Como podemos ver, en la fe verdadera están envueltos la mente, el corazón y el cuerpo de la persona en una relación con Dios que se expresa actuando, es decir, se tiene que reflejar en actos de servicio, de adoración y de interés por aprender su Palabra, porque es por su Palabra por la que nuestra fe existe y permanece (Ro. 10:17). Santiago dice que la fe sin obras es muerta en sí misma (Stg. 2:17,19), que la fe se muestra por las obras, es decir, por la respuesta que damos a Dios (Stg. 2:18) y que las obras, es decir, nuestra respuesta a Dios, perfecciona cada día nuestra fe en Él (Stg. 2:22).

La fe se basa en las promesas de Dios y no en nuestros deseos personales. Esto significa que puedo pedir por perdón, por salvación, por sanidad, por alimentación, por trabajo, por restauración, porque esto está en su Palabra; pero no puedo pedir por caprichos (riquezas y cosas así). La Palabra de Dios dice que sus promesas son en Él sí y en Él amén (2Co.

1:20). Dios cumple sus promesas y la persona de fe trata las promesas de Dios como realidades y por eso vive con seguridad y confianza.

“Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos” (v.2).

En otras palabras, muchos personajes del Antiguo Testamento fueron aprobados por Dios, vistos con agrado por Dios por la fe incondicional que mostraron en Él. Esto nos enseña que la fe ha sido fundamental para una relación adecuada con Dios desde el principio de la historia.

“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la Palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (v.3).

El universo fue creado de la nada por el poder de la Palabra de Dios. Aun quienes creen en la teoría del “*big bang*”, deberían de creer por fe que esa partícula que, según ellos, explotó y creó todo lo que existe, fue creada por Dios y que, en todo caso, fue Dios quien dio la orden de explotar. Dios no solamente creó el universo sino que le dio el orden que necesita para funcionar, para que el ser humano pueda vivir. Dios creó y sostiene el universo en perfecto orden.

El Libro de Génesis comienza con la frase “*En el principio...*” (Gn. 1:1), hablando de la Creación, y el Evangelio del Apóstol San Juan comienza diciendo también la frase “*En el principio...*” (Jn. 1:1), hablando de la existencia del Hijo de Dios. La palabra *principio* significa literalmente “*cuando no había nada*”. Es decir, cuando no había nada Dios creó el universo y cuando no existía nada, el Hijo de Dios ya estaba presente.

Si este principio de la Creación no puede ser aceptado por una persona, entonces le será imposible aceptar todo lo demás que viene de Dios. No podrá creer en el Dios Todopoderoso Creador del universo, no podrá creer en la existencia eterna del Hijo y del Espíritu Santo, no podrá creer en el pecado y la caída del hombre, no podrá creer en el cielo y en el infierno, en los ángeles, satanás y los demonios, en la salvación y la muerte eternas, etc., porque todo esto parte de la Creación del universo por parte de Dios.

“Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella. Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios” (vv.4-5).

A continuación, el Apóstol Pablo hace un recuento de lo que podemos llamar “*el Salón de la fama de la fe*”, en donde nos presenta el testimonio de los grandes héroes de la fe que creyeron en Dios y confiaron y descansaron en Él a pesar de las circunstancias adversas que vivieron. Su fe no decayó, aunque por momentos flaqueó, pero se mantuvo firme y Dios da muy buen testimonio de ellos asignándoles un lugar en este “Salón de la fama”. Ojalá que nuestro nombre también pueda estar escrito allí.

Abel, por ejemplo, dio lo mejor de sus ofrendas para Dios. Fue el primer acto de adoración de la historia y nos recuerda que hay una manera adecuada y otra equivocada de rendir Culto a Dios. Abel lo hizo de la manera correcta porque **la fe produce obediencia**.

Enoc, por su parte, es listado entre los descendientes de Adán. Era el séptimo de los hijos de Set. Pero, a diferencia de los otros descendientes, él no murió sino que fue tomado o arrebatado por Dios, porque caminó con Él (*Gn. 5:24*). **La fe en Dios produce una profunda comunión con Él**. Enoc no vio la muerte porque vivió en fe. **La fe en Dios produce salvación**. El creyente no muere para siempre (*Jn. 6:51,57; 11:25*). El arrebatamiento de Enoc me recuerda el arrebatamiento de la Iglesia cuando el Señor Jesucristo venga por los Suyos.

El capítulo 11 contiene una larga lista de nombres que son ejemplo de hombres y mujeres de fe; son personas que nos enseñan lo que la fe es capaz de producir en las personas, que nos enseñan cómo reflejaron su fe en Dios y que constituyen hermosos ejemplos dignos de imitar. Hombres y mujeres de fe inquebrantable que creyeron a Dios y caminaron con Él a pesar de las circunstancias dolorosas y de peligro que vivieron. Ahora ocupan un lugar en el “Salón de la fama de la fe” y son bien vistos por Dios. ¿Se ha preguntado alguna vez cómo ve su fe Dios?, ¿serán nuestros nombres dignos de pertenecer a este salón? Si la respuesta es sí, felicidades, usted es un ejemplo a seguir. Pero si la respuesta es no, entonces tenemos que hacer ajustes en nuestras vidas, en nuestro caminar con Dios. Recuerde el punto tres de los elementos de la fe, para que sea una fe verdadera.

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (v.6).

El creyente verdadero, el que no lo es solo de palabra, vive para agradar a Dios. Pablo, es un buen ejemplo de un verdadero creyente que

vive para Cristo (Gál. 2:20 / Flp. 1:21). No hay otra forma de agradar a Dios que mediante la fe. Este versículo nos enseña que la fe tiene recompensa (galardonador). Este premio es, sin lugar a dudas, una comunión íntima con Dios que nos llena de su paz (Flp. 4:7). Dios le dijo a Abraham que Él era su galardón, es decir su premio (Gn. 15:1). Pero junto con esto, el premio es que Dios cumple sus promesas.

Podemos hacer cuanta obra buena queramos, pero si no hay fe en Dios, de nada sirve. Dios nos vería exactamente como vio a Caín con su ofrenda. La fe es indispensable para acercarse a Dios; no hay otra forma. Por eso, al acercarnos, debemos de creer no solo que existe sino que Él está allí, en su Trono, aunque no lo veamos, listo para escucharnos, para animarnos, para fortalecernos y llenarnos de su paz. Si buscamos de Dios y salimos igual que como llegamos, no hemos tenido comunión con Él, no hemos descansado en Él, no le hemos creído o no hemos creído que estuvimos con Él.

Al creer que Él está en su Trono y nos escucha, y descargar en Él nuestro corazón, Dios se agrada y nos llena de su paz. Pablo dice que podemos acercarnos confiadamente a Él: *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”* (Heb. 4:16). Este es un privilegio que Dios otorga a los que le creen.

Conclusión.

Es muy fácil para muchos contestar a la pregunta ¿tienes fe en Dios? Pero, ¿se da cuenta de la grandeza y el alcance de la respuesta? No es un simple “sí” si no se sabe con certeza lo que significa tener fe. Si la fe fuera creación nuestra entonces sería muy débil y cambiante dependiendo de las circunstancias. Dios lo sabe, por eso es Él el que nos regala la fe (Ef. 2:8); la fe es una creación Divina, nosotros lo único que hacemos es desarrollarla.

La fe exige una respuesta y esa respuesta se manifiesta cuando ofrendamos (2Co. 9:7), cuando servimos en la iglesia, cuando estudiamos su Palabra (Ro. 10:17), cuando evangelizamos, cuando oramos. La fe no es solo *creer* en Dios, es *creerle* a Dios en todo. Creerle significa no dudar, significa tener una relación con Él. Entonces veremos la gloria de Dios; la recompensa a nuestra fe. Esta, y no otra, es la fe que agrada a Dios y espero de todo corazón que sea la suya y la mía. Amén. Vamos a orar...